



Fotografía: EFE

Ni castigo, **ni abandono**

Dios, el sufrimiento y la esperanza
en un mundo herido

Ruth Padilla DeBorst • Valdir Steuernagel • Harold Segura C.

Contenido

Introducción	3
¿Dónde está Dios cuando la tierra tiembla?	5
¿Por qué no? Presencia de Dios en medio de las tormentas	9
Cuando la vida no sale como esperábamos	14

Autores

Ruth Padilla DeBorst • Valdir Steuernagel • Harold Segura C.

Una publicación de World Vision Latinoamérica y El Caribe.

Introducción

Cuando la tierra tiembla, también se estremecen muchas de nuestras certezas. En cuestión de segundos pueden derrumbarse viviendas, interrumpirse proyectos, separarse familias y desaparecer la sensación de seguridad con la que transcurría la vida cotidiana. Bajo los escombros no solo quedan objetos y construcciones: también quedan preguntas, temores, recuerdos y vínculos que parecían invulnerables.

El terremoto ocurrido en Venezuela ha vuelto a poner delante de nosotros una de las preguntas más antiguas y difíciles de la experiencia humana: ¿dónde está Dios cuando sobreviene el sufrimiento? La pregunta se escucha entre quienes buscan a sus seres queridos, recorren comunidades destruidas, acompañan a las familias afectadas o intentan comprender por qué la vida puede cambiar de manera tan repentina. También surge ante las guerras, las enfermedades, las pérdidas y las injusticias que atraviesan a tantos pueblos y personas.

Las respuestas apresuradas suelen causar más daño que consuelo. Algunas interpretaciones religiosas presentan las tragedias como castigos enviados por Dios, relacionan el sufrimiento con una supuesta falta de fe o convierten el dolor de las víctimas en una lección moral. Tales explicaciones no hacen justicia al testimonio bíblico, empobrecen nuestra comprensión de Dios y colocan cargas innecesarias sobre quienes ya están heridos.

La Biblia no esconde las preguntas del sufrimiento. Job discute, protesta y reclama. Los salmistas lloran y preguntan hasta cuándo. Los profetas levantan su voz ante la violencia y la injusticia. Jesús mismo conoce el abandono, el miedo, la aflicción y la muerte. La fe bíblica no exige que callemos el dolor ni que finjamos una serenidad que no poseemos. Nos permite lamentar, preguntar y gritar sin romper nuestra relación con Dios.

Los tres artículos reunidos en este ebook se aproximan a estas preguntas desde perspectivas complementarias. Valdir Steuernagel escribe bajo el impacto del terremoto en Venezuela y nos conduce hasta el lugar donde el suelo se inclina, las familias buscan a quienes aman y el silencio se vuelve insoportable. Su reflexión propone reconocer la presencia de Dios en quienes escuchan, acogen, alimentan, abrigan y extienden la mano en medio de la emergencia.

Ruth Padilla DeBorst recurre al libro de Job para cuestionar la lógica que identifica la prosperidad con la bendición y el sufrimiento con el castigo. Su lectura nos recuerda que Dios no condena las preguntas honestas de Job. Por el contrario, confronta a quienes pretenden explicar el dolor desde la comodidad, el juicio y la autosuficiencia. El lamento aparece entonces como una expresión legítima de la fe y como una manera de preservar el vínculo con Dios cuando las respuestas no llegan.

Harold Segura propone una espiritualidad cristiana para aquellos momentos en que la vida no sale como esperábamos. Su reflexión no ofrece fórmulas para evitar la fragilidad humana. Plantea una manera de atravesarla con sentido, compasión, solidaridad y esperanza. La fe no funciona como un seguro contra las tragedias, pero puede transformar la manera en que las vivimos y la forma en que acompañamos a quienes sufren.

Estos textos no pretenden explicar por completo el misterio del sufrimiento. Tampoco buscan cerrar preguntas que continúan abiertas. Su propósito es ayudarnos a hablar de Dios sin culpabilizar a las víctimas,

reconocer el valor del lamento y descubrir que la presencia divina puede manifestarse en medio de la vulnerabilidad, el cuidado y la solidaridad.

Ante el dolor de Venezuela y de tantos pueblos heridos, la reflexión teológica no puede permanecer separada de la compasión y del compromiso. Preguntar dónde está Dios también exige preguntarnos dónde estamos nosotros. La fe que reconoce a Dios entre quienes sufren está llamada a convertirse en presencia, escucha, servicio y esperanza.

Cuando la tierra tiembla, Dios no abandona a quienes permanecen bajo el peso del miedo y de la pérdida. Está cerca del corazón quebrantado y actúa mediante las manos que rescatan, las comunidades que acogen, las personas que comparten el pan y quienes se comprometen a reconstruir la vida. En medio de la tormenta podemos lamentar con honestidad, acompañarnos con ternura y continuar caminando con la esperanza de que el sufrimiento no tendrá la última palabra.



Diego Rivadeneira
Oficial Regional de Movilización
External Engagement World Vision Latinoamérica y El Caribe

01

¿Dónde está Dios cuando la tierra tiembla?

Escrito bajo el impacto del terremoto en Venezuela

Por Valdir Steuernagel

“¡Dios mío!”, exclamó Antonia, asustada. Un ruido extraño y fuerte la despertó de una breve siesta. Había logrado ir a descansar unos minutos y, cuando la despertaron, en pleno sofá, se sentó, puso los pies en el suelo y sintió el piso inclinado. Piso inclinado. “¡Dios mío!”, repitió. Arrastrándose por la pared, llegó hasta el cuarto donde sus hijos jugaban, los juntó con instinto de madre, desesperada, y, tanteando, llegó hasta la puerta de salida, también inclinada.

“¡Dios mío!”, dijo de nuevo. “¿Dónde está mi papá? ¡Papá!”, gritó. Pero la respuesta vino en forma de silencio, y ella se quedó sin saber si debía seguir adelante, con los hijos aferrados a ella, o ir en busca de su padre. Mientras tanto, el vecino ya gritaba: “Ven rápido, Antonia, dame a uno de los niños”, y de reojo vio que aquel cuarto, donde estaba su padre, estaba todo revuelto. Era techo caído, pared caída y cama desaparecida. “¡Papá!”, gritó, pero su voz ya denotaba más desesperación que esperanza. ¡Y hubo silencio!

¡Dios mío!

¿Dónde está Dios cuando la tierra tiembla?

¡Cuántas veces estas dos expresiones, juntas y separadas, resonaron en estas últimas horas, en una Venezuela asustada y desesperada! ¿Cuántas?

Son expresiones de desesperación repetidas casi sin darse cuenta, pero dándose cuenta de que todo se volvió muy confuso: familia, propiedad, empleo, vecindad, futuro.

Dónde está Dios cuando la tierra tiembla es una pregunta que va creciendo dentro de nosotros y se empeña en no callar a medida que el tiempo pasa, los escombros se acumulan y ningún rastro de uno, apenas uno entre muchos, padre, madre, hijo, hija... se logra detectar. Dios, nos enseñaron, es la respuesta, pero ¿qué respuesta es esa cuando la pregunta parece encontrar en el silencio la única respuesta? El dolor del silencio.

El silencio del padre de Antonia. El silencio de Dios mientras el suelo huyó y huye debajo de los pies, con este hueco en el alma queriendo tragarnos.

¡Dios mío! ¿Dios? ¿Dónde estás?

Cuando menos se espera, la pregunta llega. Y llega de diferentes maneras, pues hasta preguntar parece “incorrecto”, ¿o será pecaminoso? Un desastre repentino, una enfermedad sorpresiva, una crisis familiar, una pérdida de empleo... y ahí está ella. Llega sin preguntar y llega con fuerza, y terminamos escondiéndola dentro de nosotros, para tristeza del corazón.

Descubrí, sin embargo, que esta pregunta no ahuyenta a Dios, sino que lo acerca. Pregunto, grito, y él se acerca más, y su primera respuesta es su presencia. La presencia de la escucha y del acogimiento, asociada a un susurro que dice: “¿Puedo quedarme aquí contigo?”.

Percibí, también, que conviene darle una vuelta a la pregunta: “¿Dónde no está Dios?”, si es que esa es la mejor manera de hablar de Dios.

Dios no está distante, en algún lugar desde el cual va dirigiendo las cosas con una varita mágica y mandando a la tierra a temblar para que nuestra casa caiga. Dios no es un duende malvado que quiere perjudicar nuestra vida. Dios no es así.

Dios no está recluido en un lugar donde el temblor de la tierra no lo pueda alcanzar. En algún lugar religioso con puertas y ventanas cerradas con llave. Dios no es alguien escondido que se autoprotege.

Dios no está ocupado en separar a aquel que debe ser maldecido con una desgracia y a aquel que debe ser protegido de ella, como si estuviera separando a sus protegidos de aquellos que quiere ver entre los escombros. Dios no es partidista.

Conviene no insistir en poner a Dios donde él se niega a estar, pues es él quien nos dice dónde quiere estar.

También hay maneras de preguntar, y hay una manera que solo encuentra, como respuesta, el eco de la propia pregunta. ¿Cómo sería esto?

Dios no responde cuando la pregunta viene acompañada de esa entonación cínica que dice: “Sabía que no ibas a hacer nada”. Lo sabía y ni creía. La presencia de Dios deja de ser discernida cuando se dice “lo sabía”.

Dios no responde cuando el tono de la voz es arrogante, dejando en el aire la afirmación de que lo sabemos todo. En la voz de la certeza pretenciosa no hay espacio para que Dios se acerque, pues ella no pregunta, sino que acusa.

Dios no responde cuando creemos que todo está bien con nosotros, y que en nada necesitamos cambiar, mientras que Dios necesita, así lo entendemos, actuar a nuestro favor, como si estuviera en deuda con nosotros. Dios no responde cuando —asómbrense— lo miramos de arriba abajo.

En el cinismo, en la petulancia y en la arrogancia no hay espacio para Dios, sino solo para la soledad del ego.

Pero entonces, ¿dónde está Dios?

Dios está allí cuando la tierra tiembla. Sus pies perciben el piso inclinado. Son los evangelios los que nos muestran al Jesús que se hizo ser humano, carne y hueso, y habitó entre nosotros (Jn 1:14 NVT).

Dios está allí donde los adultos lloran y los niños se sienten abandonados. Dios está allí donde y cuando gritamos en protesta, lloramos en desesperación y él nos acoge, ofreciendo su hombro como depósito para nuestras lágrimas.

Dios está allí donde una mano se extiende para sostener a la hija y cuidar al hijo. Donde un refugio acoge, un plato de comida alimenta y una cobija abriga.

Dios está allí donde el pueblo de Dios se dispone a estar para, en su nombre, acoger, cuidar y consolar.

Dios está allí donde está el cansado y agobiado, para que de una forma misteriosa experimentemos su cuidado, su paz y su llamado. Llamado para vivir y actuar en su nombre, como Jesús nos enseñó a hacer.

En el imaginario bíblico, el arcoíris tiene un lugar especial. Surge en los cielos como una promesa después de un gran desastre. Un desastre en el cual toda la vida humana fue atropellada y desfigurada. Y ante esto Dios hace un compromiso consigo mismo y con toda la tierra, diciendo: “Esta es la señal de mi alianza que hago entre mí y tú y entre todos los seres vivos que están con ustedes, para todas las futuras generaciones: pondré mi arco en las nubes y será por señal de la alianza entre mí y la tierra” (Gn 9:12-13 NVT).

¡Señor, necesitamos el arcoíris!

Señor, el arcoíris, por favor.

Señor, ayúdame a ver.

Necesito ver para seguir viviendo.

Sobre el autor



Valdir Steuernagel

Valdir Steuernagel ha trabajado con World Vision desde 1989, donde ha presidido tanto el consejo nacional como el internacional de la organización. Actualmente, se desempeña como embajador de World Vision Brasil y de la Alianza Cristiana Evangélica Brasileña, además de ser columnista de la revista Ultimato. Es pastor luterano y cuenta con una maestría y un doctorado (PhD) de la Lutheran School of Theology en Chicago, Estados Unidos.

02

¿Por qué no?

Presencia de Dios en medio de las tormentas

Por Ruth Padilla DeBorst

La buena vida. Todo en nuestro medio nos hace anhelar la buena vida. Y esta se encuentra definida por los valores de la sociedad de consumo. Vive bien quien tiene más, acumula más, alardea más. Quien tiene más poder, más dinero, más amigos, más títulos, más oportunidades; más, más, más. Estos anhelos no solo marcan la vida de la gente de la farándula o de las estrellas del deporte. Tristemente, también han sido bautizados como evidencia de la bendición de Dios en medios cristianos. Iglesias con mayor alcance mediático, más miembros, más ministerios; más, más, más. Estrellas religiosas absortas en su imagen y su carrera pública.

En este escenario, no hay lugar para el sufrimiento como el que experimentan hoy los pueblos venezolanos, palestinos, ucranianos, congoleños y tantos otros. Se considera que la persona o la comunidad que sufre debe haber hecho algo malo y que sufre como merecido castigo por su pecado. Eso consideraron los amigos de Job, según el antiquísimo relato bíblico. Cuando Job pierde todo —su riqueza, su familia, su salud—, estos “amigos” lo acusan de haber causado su propio sufrimiento. Cuestionan dos cosas. Primero, critican la condición de Job delante de Dios. “Algo habrás hecho”, le insisten. Según ellos, a la gente buena no le ocurren cosas malas. En segundo lugar, cuestionan el derecho de Job a lamentarse en medio de su dolor. Para ellos, los seres humanos no tenemos derecho a cuestionar a Dios.

Pero la sorprendente respuesta de Dios se contrapone claramente a ambas posturas de juicio. Dios les dice a los acusadores de Job:

Estoy muy irritado con ustedes porque, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad... Mi siervo Job orará por ustedes, y yo atenderé a su oración y no los haré quedar en vergüenza. Y conste que, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad. (Job 42.7-8 NVI)

¿Con quiénes, según este pasaje, está enojado Dios? ¿Dios está en contra de Job por algún crimen personal? ¡No! Ciertamente, el sufrimiento y toda expresión de maldad son consecuencia de la desconfianza, la desobediencia, la avaricia y la autosuficiencia humanas. Pero rara vez existe una correlación directa entre ambas cosas. La gente sufre porque el mundo está roto. Y con frecuencia son justamente las personas menos culpables las que resultan más victimizadas.

Lo que sorprende aquí es que no es Job, sino sus “bendecidos” y autosatisfechos amigos, esos autodenominados jueces, quienes precisan de la oración. Mientras tanto, la oración del acusado Job es aceptada por Dios, señal de que Dios nunca se ha alejado de él. El lazo que los une es fuerte. En eso Job puede confiar.

También nosotras y nosotros podemos confiar en ese lazo en medio de nuestro quebranto, nuestra insuficiencia, nuestro sufrimiento o nuestro dolor por el sufrimiento de otras personas. Dios no está lejos, sino que se hace presente mediante su Espíritu en medio de las cosas duras de la vida y las sufre junto con la humanidad. En el diccionario de Dios, la bendición no se mide según los parámetros de la buena vida de nuestra sociedad, sino por la calidad de la relación con Dios mismo, con otras personas y con el resto de la creación.

La segunda acción inapropiada de los amigos de Job es criticarlo por lamentarse, por cuestionar a Dios en medio de su dolor. Oigamos nuevamente las palabras de Dios a los acusadores, “amigos” de Job:

Estoy muy irritado con ustedes porque, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad... Mi siervo Job orará por ustedes, y yo atenderé a su oración y no los haré quedar en vergüenza. Y conste que, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad.

¡Dios afirma las palabras de Job como verdaderas! ¿Qué verdad ha pronunciado Job, en contraste con la “no verdad” de sus amigos? Él se ha quejado, ha lamentado el día en que nació. ¿A eso llama Dios “verdad”? ¡Así es! La verdad de Job lo llevó a preguntar, a llorar, a lamentar profundamente, sin permitir que el dolor rompiera el vínculo con su Creador. Siguió comunicándose con Dios.

Y ese es el llamado para nosotras y nosotros hoy: confiar en que Dios es tan Dios, tan cercano y tan bueno que tenemos toda la libertad del mundo para preguntar, llorar, gritar y rebelarnos contra todo lo que nos roba, o roba a otras personas, la vida plena que Dios pretende para toda su creación. Dios, de hecho, aprecia nuestras preguntas y nos invita a “decir la verdad” respecto a todo lo que está mal en el mundo.

Estas preguntas expresan una fe y una confianza más profundas y veraces que el intento de tapar los problemas, hacer de cuenta que todo está bien cuando no lo está o cubrir con barniz religioso las dudas honestas. Job puede cuestionar. También podemos hacerlo nosotras y nosotros. No tenemos por qué temer que perderemos la fe. No tenemos por qué evitar a las personas que sufren. Podemos ser auténticos, expresar nuestros temores más profundos, acompañar en el dolor ajeno, lamentar y cuestionar con plena confianza en que Dios no nos rechazará.

En este mundo quebrantado, a todas y todos nos toca, en mayor o menor grado, aprender a convivir con el dolor y el sufrimiento. Como personas cristianas, no tenemos por qué pensar que seremos inmunes a ellos cuando nuestro propio Señor Jesucristo no lo fue. Esto nos lleva a cambiar la pregunta “¿Por qué a mí o a nosotros?” por “¿Por qué no? ¿Por qué no habríamos de ser afectadas y afectados por los males que aquejan a otras personas?”.

Junto con el autor Nicolas Wolterstorff, cuyo hijo murió joven en un accidente de andinismo, tenemos la libertad de preguntar:

“¿Cómo ha de perseverar la fe, o Dios, cuando permites que nos raspen y nos desgarran de esta manera? Has permitido que corran ríos de sangre, que se amontonen montañas de sufrimiento, que los sollozos se conviertan en el canto de la humanidad, todo ello sin mover un dedo que nosotros pudiéramos ver. Has permitido que incontables vínculos de amor se rompan dolorosamente. Si no nos has abandonado, ¡explícate!” (Lamento por un hijo).

¿Y cómo responde Dios a nuestro clamor adolorido?

“Nos esforzamos por escuchar. Pero, en lugar de oír una respuesta, alcanzamos a ver al mismo Dios, raspado y desgarrado. A través de nuestras lágrimas vemos las lágrimas de Dios”. (Lamento por un hijo).

Podemos lamentar honestamente y perseverar en la fe a pesar de todo, sin romper el vínculo con nuestro Dios, confiando en que Dios está cerca, que nos acepta —con nuestras preguntas y dudas— y que sus propósitos de buena vida para toda la creación sí se cumplirán.

Por ello podremos, junto con el antiguo profeta, afirmar:

*Aunque la higuera no florezca,
ni haya frutos en las vides;
aunque falle la cosecha del olivo,
y los campos no produzcan alimentos;
aunque en el aprisco no haya ovejas,
ni ganado alguno en los establos;
aún así, yo me regocijaré en el Señor,
¡me alegraré en Dios, mi libertador!
(Habacuc 3.17-18)*

Sobre la autora



Ruth Padilla DeBorst

Ruth Padilla DeBorst es teóloga, misionóloga, educadora y narradora latinoamericana. Durante varias décadas ha acompañado procesos de formación teológica y desarrollo de liderazgo para la misión integral. Colabora con el Seminario Teológico de Western, la Comunidad de Estudios Teológicos Interdisciplinarios (CETI) y la red INFEMIT, y forma parte de las juntas directivas del Oxford Centre for Mission Studies y de la American Society of Missiology. Su trabajo integra teología narrativa, justicia social y cuidado de la creación.

03

Cuando la vida no sale como esperábamos

Una espiritualidad cristiana para tiempos inciertos

Por Harold Segura C.

*“Aunque no eche brotes la higuera,
ni den las vides ningún fruto;
aunque nada se espere del olivo,
ni los labrantíos den para comer;
aunque no haya ovejas en el aprisco,
ni queden vacas en los establos;
18 aun así, yo me gozaré en el Señor,
me alegraré en Dios, mi salvador”.*
Habacuc 3:17-18

Hay días en que la vida parece salirse de su cauce. Basta una noticia, una llamada telefónica, una imagen que aparece en la pantalla del teléfono o un silencio que se prolonga más de lo esperado para hacernos ver que no tenemos el control de casi nada. Creíamos caminar sobre suelo firme y, de pronto, descubrimos que la tierra también tiembla bajo nuestros pies. Lo vemos por estos días en Venezuela, en Gaza, en Sudán, en Haití y en tantos otros lugares donde el dolor tiene nombres propios, rostros concretos y familias enteras buscando cómo seguir viviendo. También lo vemos más cerca: en la habitación de un hospital, en una mesa familiar con una silla vacía, en una casa donde ya no alcanza el dinero o en el corazón de alguien que no encuentra fuerzas para comenzar de nuevo.

Frente a esas realidades, la primera reacción suele ser buscar explicaciones. Queremos saber por qué ocurrió, quién tuvo la culpa, qué sentido tiene, dónde estaba Dios. No está mal preguntar. La fe bíblica nunca ha tenido miedo de las preguntas. Job preguntó desde el polvo de su desgracia; los salmistas preguntaron desde la angustia; los profetas preguntaron desde el dolor de los pueblos; Jesús mismo preguntó desde la cruz. El problema no está en preguntar, sino en responder demasiado pronto, como si el sufrimiento humano pudiera resolverse con una frase piadosa o con una doctrina mal aprendida.

Durante mucho tiempo, ciertas formas de religiosidad han intentado explicar el mal mediante una lógica de premios y castigos. Si algo bueno sucede, se dice que Dios bendijo. Si algo malo ocurre, se insinúa que hubo pecado, falta de fe o desobediencia. Esa explicación parece sencilla, pero es pastoralmente cruel y teológicamente pobre. No resiste la lectura honesta de la Biblia ni la contemplación atenta de la vida. ¿Qué pecado cometió un niño que nace en medio de una guerra? ¿Qué falta de fe explica el dolor de una madre que pierde a su hija? ¿Qué doctrina puede justificar el sufrimiento de pueblos enteros empujados al hambre, a la violencia o al exilio?

La vida sucede... y nos sucede a todos

Jesús desmontó esa manera de pensar. Cuando sus discípulos quisieron explicar la ceguera de un hombre buscando culpables, él se negó a entrar en esa lógica (Jn. 9:2). Cuando algunos interpretaban las tragedias de su tiempo como castigo divino, Jesús rechazó esa conclusión (Lc. 13:1-3). Y en el Sermón del Monte recordó que el sol sale sobre buenos y malos, y que la lluvia cae sobre justos e injustos. Con esa afirmación sencilla, pero honda, nos colocó frente a una verdad que la religión a veces olvida: creer no nos pone al margen de la condición humana.

Vivimos en el mismo mundo. Un mundo donde nacen niños y niñas, florecen los jardines, se celebra el amor, se comparte el pan y se descubren amistades que salvan. Pero también un mundo donde ocurren terremotos, enfermedades, accidentes, guerras, injusticias y pérdidas. La creación es buena, pero no es estática; es bella, pero también frágil; es hogar, pero no refugio absoluto contra toda amenaza. Las cosas pasan. Y lo que pasa nos pasa a todos.

Aceptar esto no significa rendirse al fatalismo ni renunciar a la esperanza. Significa comenzar desde la verdad. La espiritualidad cristiana no necesita negar la realidad para sostener la fe. Al contrario, la fe madura se atreve a mirar la realidad de frente, sin maquillarla ni convertirla en propaganda religiosa. No todo lo que ocurre tiene una explicación inmediata. No todo dolor puede traducirse en una lección. No toda herida necesita una teoría; muchas veces necesita presencia, silencio, cuidado y compañía.

Por eso, quizá no baste con preguntar: “¿Por qué pasan estas cosas?”. Esa pregunta puede ser legítima, pero también puede llevarnos a callejones sin salida. La pregunta pastoralmente más fecunda es otra: “¿Cómo vivimos cuando estas cosas pasan?”. Allí la espiritualidad cristiana ofrece su contribución más honda. No como una respuesta mágica, ni como un escudo que nos hace invulnerables, ni como una explicación que cierra el misterio, sino como una manera nueva de habitar la vida cuando la vida no sale como esperábamos.

La diferencia no está en lo que ocurre, sino en cómo lo vivimos

La espiritualidad cristiana no cambia necesariamente las circunstancias. No detiene por sí sola los terremotos, no evita todas las enfermedades, no impide que los seres humanos ejerzan su libertad para hacer daño ni cancela la fragilidad propia de la existencia. Pero puede transformar profundamente la manera como atravesamos esas circunstancias. Esa diferencia no es menor. A veces no cambia el camino, pero cambia al caminante. No siempre modifica el paisaje exterior, pero ensancha el alma, fortalece la esperanza, despierta la compasión y nos permite seguir adelante sin entregarle al sufrimiento la última palabra.

Cuando llegan los tiempos difíciles, la espiritualidad cristiana sostiene la esperanza. No una esperanza ingenua, hecha de frases bonitas, sino una esperanza probada, capaz de respirar aun en medio del polvo. Fortalece la resiliencia, no como simple capacidad psicológica de adaptación, sino como gracia que nos permite levantarnos acompañados por Dios y por los demás. Despierta la solidaridad, porque el dolor vivido desde la fe nunca debería encerrarnos en nosotros mismos, sino abrirnos al sufrimiento ajeno. Alimenta la compasión, esa forma de mirar que no se conforma con sentir lástima, sino que se acerca, toca, escucha y sirve.

Pero la espiritualidad cristiana no solo nos ayuda en los días oscuros. También nos educa para los días luminosos. Cuando la vida sonríe, nos enseña a recibirlo todo con gratitud. Nos libra de la soberbia de pensar que somos dueños absolutos de nuestros logros. Nos libera de la autosuficiencia que olvida la gracia. Nos protege de la indiferencia frente a quienes no están viviendo nuestra misma bonanza. La fe madura no solo consuela en el sufrimiento; también disciplina el corazón cuando llegan la abundancia, el reconocimiento o la calma.

Mirar la vida desde la cruz

En el centro de esta espiritualidad está Jesús. Los cristianos no seguimos una teoría sobre el sufrimiento; seguimos a una persona. Y esa persona fue el Justo a quien le ocurrió la mayor injusticia. Jesús conoció la incompreensión, la traición, el abandono, la violencia y la muerte. Su vida desmiente toda religiosidad interesada que presenta la fe como seguro contra el dolor o como camino garantizado hacia la prosperidad. Si alguien podía reclamar una vida sin cruz, era él. Sin embargo, cargó una.

La cruz no explica todo el sufrimiento humano, pero revela algo decisivo sobre Dios. Nos muestra que Dios no contempla el dolor desde lejos, como un espectador indiferente. En Jesús, Dios entra en la historia herida, se acerca a quienes padecen, comparte la fragilidad humana y acompaña desde dentro los lugares donde la vida se rompe. La cruz no glorifica el sufrimiento ni invita a soportar pasivamente la injusticia. Al contrario,

desenmascara el poder de la violencia, denuncia la crueldad de los sistemas que condenan inocentes y anuncia que el amor de Dios puede atravesar incluso la muerte.

Por eso, la resurrección no es un final feliz añadido a una tragedia religiosa. Es la afirmación de que el amor tiene más futuro que el odio, que la vida de Dios es más fuerte que la muerte y que ninguna cruz posee la última palabra sobre la historia. La esperanza cristiana nace allí: no de negar la noche, sino de creer que Dios puede abrir camino incluso cuando la oscuridad parece haberlo cubierto todo.

Esta manera de comprender la fe nos aleja de dos peligros. Por un lado, nos libra del fatalismo, esa actitud que se resigna ante el mal como si nada pudiera hacerse. Por otro, nos libera de la religiosidad utilitaria, que busca a Dios solo para obtener protección, éxito o tranquilidad. Creer no es contratar un seguro espiritual. Creer es recibir la gracia de vivir ante Dios con confianza, aun en medio de la incertidumbre; es aprender a amar cuando sería más sencillo endurecerse; es servir cuando sería más cómodo encerrarse; es seguir esperando cuando las razones para hacerlo parecen escasas.

El horizonte que sostiene el camino

Además, la espiritualidad cristiana nos ofrece un horizonte más amplio para comprender la existencia. No se limita a responder qué hacemos con el dolor; también nos ayuda a responder quiénes somos, de dónde venimos, para qué estamos aquí y hacia dónde caminamos. Estas preguntas no son adornos filosóficos. Son las coordenadas profundas de toda vida humana. Cuando no sabemos quiénes somos, cualquier pérdida amenaza con destruirnos. Cuando no sabemos para qué vivimos, cualquier fracaso parece definitivo. Cuando no tenemos hacia dónde caminar, el presente se vuelve una prisión.

La fe cristiana responde a esas preguntas desde el amor creador de Dios, desde la dignidad de haber sido llamados hijos e hijas, desde la vocación al servicio y desde la esperanza del Reino. Venimos de Dios, no del absurdo. Somos criaturas amadas, no mercancía descartable. Estamos aquí para amar, cuidar, reconciliar, servir y participar en la obra de Dios en el mundo. Caminamos hacia la plenitud de su Reino, no hacia la nada. Ese es el horizonte trascendente de la fe. No nos saca de la historia; nos devuelve a ella con mayor responsabilidad.

Cuando una persona vive desde ese horizonte, comienza a vivir de otra manera. Vive con más humildad, porque reconoce sus límites; con más libertad, porque su identidad no depende solo de sus éxitos; con más gratitud, porque descubre que todo es don; con más solidaridad, porque entiende que nadie se salva solo; con más esperanza, porque sabe que el mal no tiene la última palabra; y con más compromiso, porque quien encuentra sentido para vivir termina encontrando también razones para servir.

Habitar el mundo con esperanza

En tiempos inciertos necesitamos esta espiritualidad. Una espiritualidad encarnada, capaz de orar con los pies en la tierra y de servir con el corazón vuelto hacia Dios. Una espiritualidad que no prometa respuestas para todo, sino que nos enseñe a caminar cuando las respuestas todavía no llegan. Una espiritualidad que no nos aparte del mundo, sino que nos ayude a habitarlo con esperanza, ternura y responsabilidad.

Venezuela, Sudán, Gaza, Haití y tantos otros lugares donde hoy se sufre dejan al descubierto que la vida no siempre sale como esperábamos. Pero el Evangelio afirma algo más: aun cuando la vida no sale como esperábamos, Dios no abandona la historia. Su amor sigue presente en quienes consuelan, en quienes rescatan, en quienes comparten el pan, en quienes oran, en quienes reconstruyen, en quienes se niegan a dejar que el dolor tenga la última palabra.

La esperanza cristiana no consiste en creer que nada malo ocurrirá. Consiste en confiar en que, pase lo que pase, el amor de Dios seguirá llamándonos a caminar, a amar y a servir. Y en esa confianza descubrimos, quizá, la diferencia más profunda que hace creer: no nos evita la condición humana, pero nos enseña a vivirla con sentido, con compasión y con esperanza.

Sobre el autor



Harold Segura

Harold Segura es pastor bautista, teólogo, escritor y conferencista colombiano costarricense. Actualmente se desempeña como director de Fe y Desarrollo para América Latina y el Caribe en World Vision. Es miembro de la Comisión de Ecumenismo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, CELAM. Autor de diversos libros sobre espiritualidad cristiana, misión integral, teología de la niñez, liderazgo e iglesia y sociedad.

Venezuela nos necesita

Tu ayuda puede llegar donde más se necesita.



Escanea y dona

Tu aporte puede contribuir con:

- agua segura y refugio temporal;
- alimentación básica y kits de higiene;
- protección de la niñez y apoyo psicosocial.

www.worldvisionamericalatina.org



/worldvisionlac